

SENTIDO DE CIUDAD Y DE LO FEMENINO EN *ROSARIO TIJERAS* DE JORGE FRANCO RAMOS

Felipe García Quintero

Aunque sea recalcar en lo obvio, es necesario recordar que el comienzo de todo buen libro es el umbral de un camino nuevo hacia la interpretación de algún asunto de la realidad humana, en cuya entrada está escrita con unos cuantos elementos cifrados, a modo de augurio y de sentencia, toda su historia y el valor de su significado. Este es el caso de la novela *Rosario Tijeras*¹ del escritor colombiano Jorge Franco Ramos (Medellín, 1962).

Y es desde umbral que el lector encuentra enunciadas las reglas del juego que esta novela impone a la existencia humana como la marca distintiva de una época histórica convulsa. Al tener en cuenta el modo con que la crítica la recibió: ser una narrativa nueva que surge con fuerza estética en Colombia a mediados de los noventa, y que viene a renovar la ya larga tradición de la literatura de la violencia política con una mirada cuestionadora de la realidad social, económica y cultural, visión que no se limita a examinar las circunstancias y las consecuencias de ese conflicto desde un realismo crudo, sino que elabora una transposición poética de ese estado crítico para recrear el pensamiento del hombre contemporáneo que ha inventado una cultura de la muerte, que mantiene una vigencia indeseada a causa de la vehemencia generada en las últimas décadas por el fenómeno del narcotráfico.

El amor y la muerte se funden en un beso, nos dice Antonio, el narrador, cuando leemos que Rosario confundió el dolor del amor con el de la muerte. Esta es la primera regla dentro de la categoría de ese nuevo orden impuesto, la lucha social del sicario por sobrevivir bajo un sistema donde el amor es el rostro de la violencia, puesto que la vida de éste como sujeto urbano margi-

1. Madrid, Mondadori, 2000.

nal, cuya realidad se identifica solo por la muerte, es el espacio y el tiempo histórico en que la novela se sitúa. De entrada asistimos a la antigua ceremonia de la relación entre eros y thánatos para encontrar un nuevo significado que se teje al interior de unos seres cuya naturaleza resulta extraña para quienes no la viven, aunque no ajena de aquellos que la sufren y la alimentan como es el caso del personaje que encarna Rosario Tijeras.

La vida para Rosario es un combate. Una constante lucha por cambiar el rumbo de su destino manchado por la violencia masculina, que no solo es un asunto personal, como si se tratara, acaso, de una realidad aislada de la de su entorno, sino que se torna en el conflicto de una cultura y de una raza, la que ha sido denominada por algunos sociólogos como la del «no futuro». De ahí el peso de su tragedia que se manifiesta en una pugna exterior con el mundo e interior consigo misma donde siempre pierde, así el resultado de esa batalla sea favorable a sus intereses que encuentran en la muerte un límite para cualquier propósito de cambio y bienestar.

Decimos esto al intentar pensar su relación con el amor, que vive consciente de ser la disputa de un territorio geográfico cuyo escenario son su cuerpo y su alma. A Rosario se la pelean dos jóvenes que representan las antípodas del orden social dentro de las jerarquías geográficas de la urbe: Ferney, amigo de infancia y vecino de barrio en la comuna nororiental de Medellín, y Emilio, su amante burgués del norte de la ciudad. Pero también es perseguida por los narcotraficantes que hicieron de ella el símbolo de una conquista cultural, al imponer a los jóvenes marginales un nuevo sistema de vida e inculcarles contravalores como el de la temeridad, la insensatez y la agresión, formas todas de la violencia, que junto a la belleza física de Rosario Tijeras crean, por ejemplo, una armonía que nunca mantuvo equilibrio alguno.

Como objeto de deseo, Rosario representa un espacio físico que es visto por el hombre como un lugar que debe poseerse por medio de la fuerza primaria del eros. En esta medida, la conquista de Rosario viene a jugar un papel de puente entre las dos o tres ciudades que sus pretendientes representan, así como ocurre con el espacio en disputa de la ciudad que ha sido dividido por las diferencias de las relaciones sociales y por los símbolos que identifican cada cultura como un territorio privado y distinto uno del otro. En *Rosario Tijeras* están juntas, mas no reconciliadas, las realidades opuestas que hacen del espacio geográfico la ciudad habitada por un conflicto. En ella se encuentra al migrante que ocupa un margen extremo de la ciudad desde donde cada cierto tiempo invade a la otra ciudad por el acceso que el narcotráfico abre como punto de contacto entre las capas de realidad que conforman la urbe. Es por medio del amor que Rosario Tijeras se ubica en la ciudad del poder, la que habita la familia de su amante que es llamada por el narrador como la de la «monarquía criolla», aunque sin lograr una posición de aceptación que no sea la

que le dice que su presencia resulta ajena a ese mundo al que ella denomina como el de «las cosas prestadas».

Entre la Medellín que ocupa el hijo del migrante rural y la ciudad construida por el poder simbólico que ostenta la oligarquía, el narcotráfico como nueva fuerza social emergente, tiende puentes de contacto cultural entre unos sectores y otros, a través de la seducción material de su poder económico, para lograr la posesión de la ciudad que controla con el imperio de la violencia, puesto que al generar miedo en la sociedad, al complacer al desposeído y saciar la ambición del poder político, logra convertirse en una fuerza oscura que mina la voluntad social de un progreso lícito.

Tanto Ferney como Emilio, Antonio y los «duros» intentan poseer a Rosario, y a cambio reciben de ella una fuerza contraria al amor, aunque semejante al hechizo de éste, que altera sus vidas, porque rompe con cualquier idea que insinúe fuerza, posesión, quietud o paz. La desazón de uno y otro, y de allí su feroz rivalidad, es la de sentir que ninguno la posee porque Rosario es una mujer escindida por la violencia masculina, que se sabe pertenecer solo a la muerte. De allí el modo en que opera como asesina de hombres y la manera en que acontece su final en ese estado de incertidumbre total donde lo único cierto fue el dolor que une los equilibrios contrarios del amor y la muerte.

No obstante el permanente acoso de la que es objeto, dado su pasado trágico con el amor como herida, cuando decide ajusticiar a uno de sus tantos agresores mientras lo besa, Rosario asume la libertad de elegir entre el amor y la muerte. Vemos cómo la muerte la libera del yugo de la violencia masculina con la cual está ordenada la ciudad y al mismo tiempo la condena a la soledad de estar por fuera del amor. De ahí la errancia y el extravío por una ciudad que odia mientras se afirma el carácter de su libre voluntad destinada a perecer, que a pesar de la autonomía otorgada por la agresión, depende del arbitrio de sus jefes que enmascaran el ansia del amor con la falsa tranquilidad del bienestar económico.

Luego de la experiencia brutal del eros como fuerza destructora y de la muerte como un acto de liberación que la predestina, Rosario decide excluir al amor de su mundo violento porque para ella la muerte tiene su origen en el amor mismo. Por ello la contradicción de despertar pasiones y no poder amar. De ser obsesión y vivir sin deseo. La violencia le ha quitado el sentido del amor y por ello ama el estilo de vida que la muerte le ofrece.

Al usar el amor como droga, como un fármaco para curar su tragedia, el sentido de lo femenino adquiere el significado de lo maldito, que ha sido consecuencia de la actitud de separarse de la unidad familiar. Al huir de su casa, Rosario Tijeras vuelve a repetir el destino del sujeto migrante que es expulsado de su territorio por la violencia, y que ya no encuentra un lugar estable donde habitar que no sea el rechazo permanente de una ciudad que la fasci-

na. Al romper con la unidad familiar, ella transita en su errancia como una mujer despojada del valor de lo maternal, puesto que tampoco cree en el matrimonio ni en la familia, y a su paso enseña el horizonte desolado de un mundo propio levantado y sostenido solo por la muerte. Encontramos minado el sentido sagrado de la madre, y en ella la ciudad adquiere una representación de ser intemperie contaminada.

El ultraje del que es víctima cuando niña, y luego el acto de su venganza al mutilar con unas tijeras el miembro de uno de sus muchos agresores, hecho que es entendido como la acción y la reacción del diálogo sordo de la violencia, marca la distancia de Rosario con el mundo, y a su vez define la emancipación de su identidad como mujer agredida al generar y multiplicar la agresión que recibe por medio de la relación entre el amor y la muerte. Cuando Rosario Tijeras castra a su agresor, valiéndose del amor como trampa, está luchando por despojar al mundo de la violencia de lo masculino como orden rector de la realidad. La discusión que se establece es contra la cultura falocéntrica, que ha hecho que la ciudad pierda su condición primordial de la armonía con lo femenino y se vuelva brutal.

El apelativo de «Tijeras», además de darle sentido a su naturaleza agredida, le otorga un estatus de reconocimiento en el mundo del marginal por ser el título ganado en las batallas que la vida diaria sostiene contra la muerte, cuya conquista es solo buscar sobrevivir, aunque cada vez se logra con menor sentido de lo humano. Este título es también parte de la identidad que le ha dado la violencia como sujeto que se auto nombra, y con lo cual ha marcado un territorio que lo define en su pulsión por la muerte. En este espacio de la relación entre lo físico y lo simbólico, Rosario Tijeras se vuelve leyenda, como si fuera un personaje literario que inventa el lenguaje de los graffiti escritos en las paredes por las cuales la ciudad habla. No obstante el sicario y su mundo de realidades contrarias, no es el resultado de alguna creación estética, sino que es la representación de un ser real del cual se toma el modo de ver y actuar en el mundo para señalar una condición de la ciudad contemporánea, donde la sociedad, además de no ser homogénea en todos sus niveles de conformación, se comporta como asesina con el que demuestra la debilidad del amor.

Ella y el orden de ese mundo desequilibrado por la muerte, es la causa del extravío por Medellín de los dos jóvenes burgueses, a quienes Rosario enseña el mundo desconocido de la ciudad, cuando entrega su cuerpo y comparte su alma desde la experiencias de su propia vida relatada como si fuera un viaje de exploración por la entraña misteriosa de la urbe que ellos no han vivido por estar del otro lado de la realidad social del sicario. El lenguaje de ese duro aprendizaje fue el desenfreno amoroso, la pulsión constante por el delito y la muerte, hasta llegar al exceso de vivir la vida en sus límites más degradantes,

para lo cual el alcohol y la droga son los instrumentos que abren la percepción de ese mundo desconocido, donde lo bello aparece como la unión de lo mágico con lo violento.

Hasta ahora mi pregunta ha sido por la mujer y su relación con la ciudad, cuyo rostro en la novela asume las señas de una misma identidad, y entre esta relación brota el sentido de lo femenino que lucha con su opuesto para intentar recuperar el amor y decir con su derrota que al fin la batalla del hombre contra la muerte es la única razón del extravío al habitar la ciudad que ha perdido la posibilidad del equilibrio de la unión de los contrarios, puesto que los personajes de la novela son seres divididos por su propia destrucción.

No es difícil percibir que existen correspondencias entre el carácter de Rosario y la realidad de la ciudad donde transcurre la novela como es la Medellín de los años noventa. Si Rosario Tijeras es una representación de esa ciudad, ella oscila entre el salir de su mundo propio y el entrar a otro que le es ajeno, como el paso trascendente que marca toda evolución. Esta ambigüedad no se advierte como tal, puesto que su relación con Emilio, el joven burgués y con Ferney su amigo sicario, se realiza sin conflicto porque ella se sabe no pertenecer a ninguno. El amor que busca siempre unir lo separado para volver a la armonía de la unidad, en *Rosario Tijeras* actúa como puente entre las dos ciudades que sus personajes representan. Por el eros se une la diferencia y es la muerte la que se encarga de hacer más hondo y presente el abismo de esa separación dada desde el origen mismo de este nuevo sujeto urbano.

Rosario Tijeras es una mujer de cuya vida es narrada su experiencia al lado de dos jóvenes de procedencia social distinta a la que marca su origen marginal. En Rosario se intenta la unión de los binarios, puesto que ella, al igual que los jóvenes burgueses está buscando del amor, la paz y el equilibrio de una vida sin sobresaltos, y para conseguirlo toma el camino contrario que le ofrece el odio y el miedo de la agresión física y simbólica con que la ciudad ha sido erigida por la fuerza destructora de la fuerza masculina. Este asunto de la violencia es el origen del mundo de *Rosario Tijeras*, y al constituirse como comienzo es una herida de la que mana la muerte para adquirir la categoría de un nacimiento, puesto que el destino de estos nuevos sujetos urbanos está mediado por una acción de la agresión física o simbólica que ordena la relaciones sociales y personales en la ciudad.

Se sabe que el origen del sicario es el de ser hijo del migrante rural que se refugia en la urbe porque viene huyendo de la miseria para intentar alcanzar algo de la promesa de la modernidad en la ciudad que lo rechaza por su condición social. Puesto que los padres abandonan a sus hijos, y estos a su vez

rompen con cualquier intento de unidad familiar porque representa el principal foco de violencia, por ello al salir de la casa y rebuscar el modo de subsistir que pocas veces encuentra oportunidades legales, repiten el comienzo de un destino predestinado a la muerte.

El mundo del sicario es el del barrio marginal que está ubicado en una montaña desde donde se ve la ciudad como un pesebre. La mirada que tiene Rosario de la urbe es la de un afuera que mina con sus actos el adentro de la ciudad, que al igual que su propia realidad, está rodeada de violencia y de muerte. El pasado y el presente de Rosario son sangrientos, así como fueron sangrientos el de sus padres y, en fin, el de toda la historia de esa raza y su cultura que a través del relato sobre su vida se cuenta. Eso hace de su historia personal otro enigma más oscuro aún que los actos de una vida de agresiones como, por ejemplo, la compulsión por la comida luego que comete un asesinato.

Cabe agregar que uno de los efectos que produjo el narcotráfico fue el de actuar como mediador entre el migrante rural y la ciudad, al hacer de éste la herramienta del crimen aprovechando tanto su condición de marginado social, como la desventaja de sus necesidades, la altura de sus sueños y los deseos de progreso que fueron pagados con dinero, lo cual sirvió para crear y mantener relaciones de dependencia. El uso que el narcotraficante dio al sentido de fidelidad del hombre del campo hizo de estas personas siervos del crimen y lacayos de la violencia.

Desde el punto de vista que permite situar la estructura técnica de la novela, la vida de Rosario Tijeras, que es la historia de Medellín como ciudad, de Colombia como sociedad y de los personajes como seres de la realidad contemporánea, es narrada desde el umbral de la muerte, desde esa grieta que se abre en la angustia, y en cuyo espacio insondable por la desolación, el tiempo no transcurre, es infinito. El miedo como atmósfera de la vida urbana hace eterno al tiempo, siempre son las cuatro y media en el reloj del hospital, como otra ironía de la muerte que hace inmortal su presencia, y dentro de esa realidad profundamente subjetiva donde los efectos de la emoción marcan el ritmo del relato, la historia de la novela transcurre al interior de la memoria, con un lenguaje oral que busca reanudar el diálogo suspendido por la distancia y que solo encuentra el silencio y el eco del vacío que trae la cercanía de la muerte en la memoria. ■